

**DISCURSO DE CONTESTACION**  
**DEL**  
**Ilmo. Sr. D. MARIANO BAQUERO GOYANES**



El dar, hoy, la bienvenida, en nombre de la Academia Alfonso X el Sabio, a Francisco Alemán Sainz, constituye para mí una mezcla de satisfacción, honor y, digamos, inquietud. Nace ésta de la inocultable preocupación por encontrar las palabras y el tono adecuados con que dar respuesta al preceptivo discurso de ingreso que Alemán Sainz acaba de leer.

Si yo adoptase eso que se suele llamar un *lenguaje académico*, el efecto resultante sería el de la más estrepitosa disonancia. Si, por el contrario, y en virtud de un mal entendido mimetismo, yo me esforzara en buscar un estilo sintonizable con el de Francisco Alemán, el empeño estaría condenado, desde el principio, al fracaso. A nadie se le oculta que, en el actual panorama literario español, la de Francisco Alemán es una de las voces más personales, inconfundibles y, por ello más difícilmente imitables.

Se me ocurre, entonces, que lo mejor es mantenerme en el que, durante un cuarto de siglo, ha venido siendo el plano habitual de mi relación y trato con Francisco Alemán: el de una sostenida y cada vez más firme y honda amistad, desde que, en 1950, recién llegado a Murcia para incorporarme a mi cátedra universitaria, conocí a este escritor. El hecho de que uno de los géneros más estupendamente cultivados por Francisco Alemán, el cuento, fuera precisamente aquel por el que yo me había interesado en los años de mi tesis doctoral, determinó el que, en 1952, yo actuara de prologuista y presentador del libro de relatos *La vaca y el*



*sarcófago*. Las líneas con que cerré ese prólogo, redactado en forma de carta, decían así:

“Pero aquí debe concluir esta carta. Comencé a hablar de tus cuentos para acabar refiriéndome a nuestra amistad. Y ésta —la inevitable cita de Kipling— es ya otra historia.

En ella, *La vaca y el sarcófago*, como *Juana Castilla* o *La Osa Mayor*, son sólo capítulos, estupendos capítulos. Para mí, desde luego, lo más importante es el hilo que los enlaza, unas veces desde las peceras del Casino; otras, entre el desconcierto urbano-rural de la Gran Vía, y otras, en tu atalaya de San Antolín.

Por eso, yo quisiera que esta carta sirviese más que de prólogo a tus cuentos, de simple capítulo que añadir a los citados, de nuevo y apretado nudo en el buen hilo de nuestra amistad.”

Si me he permitido leer estas líneas fechadas en Murcia, a 25 de mayo de 1952, ha sido por considerar que este acto de hoy supone para mí otro decisivo capítulo que agregar a esa historia, otro “nuevo y apretado nudo en el buen hilo” de la amistad con Francisco Alemán. Por otra parte, el que éste, en el discurso que acaba de leer, haya querido evocar un tiempo histórico murciano ya desaparecido, parece justificar el que también yo —que conocí y disfruté tan grata y añeja Murcia— haya querido traer aquí ese lejano escrito de 1952 como signo de una amistad y de una actitud que no han experimentado merma, sino acrecimiento.

Francisco Alemán ha evocado ante ustedes lo que fue esa Murcia de los años 50, literaria, artísticamente. Me gustaría añadir a ese inventario de recuerdos el hecho de que una tan querida empresa literaria como fue la creación de la revista *Monteagudo*, debió su impulso decisivo a la orientación y consejo de Francisco Alemán, desde el título mismo de la revista, por él propuesto, a no pocos aspectos de su contenido y presentación.

Lo que, desde esos años hasta ahora, ha sido para mí la obra literaria de Francisco Alemán resulta indespegable de lo que, en tan dilatado lapso temporal, ha venido siendo mi amistad con este escritor. Pero si, gracias a un esfuerzo objetivador, yo consiguiera dejar a un lado mi afecto por Paco Alemán, para, fríamente, enjuiciar su estricta labor literaria,



tendría que proclamar una vez más —y ya lo he hecho en otras páginas mías— que el conjunto de la misma, tan variado, tan rico, tan ancho, permite hoy, con una mínima perspectiva histórica, calificar a Francisco Alemán Saínz como un gran adelantado de nuestras letras.

Cuando la narrativa española discurría por los cauces del realismo social, testimonial, etc., los cuentos de Francisco Alemán suponían un mundo aparte, al margen de tales tendencias, dominados por la fantasía, la imaginación, por una tonalidad entre sentimental y bienhumorada que hacía pensar en lo afortunadamente inevitable de las inteligentes resurrecciones neorrománticas.

Cuando nadie o apenas nadie se interesaba por lo que después había de imponerse como relato de ciencia-ficción, Francisco Alemán supo dar su enfoque y tono personal a tal especie narrativa, hasta el punto de que en cualquier historia o estudio que de la misma pueda hacerse hoy, siempre habrá que contar con Alemán Saínz como uno de sus grandes pioneros.

Otro tanto cabe decir en lo que atañe al acercamiento, interés y análisis de las por Alemán tan certeramente llamadas *afueras de la literatura o literaturas de kiosko*. Hoy, cuando desde perspectivas más o menos sociológicas, tanta atención merecen los *cómics*, las fotonovelas, los seriales radiofónicos, los folletines y sus derivados actuales, etc., etc., a nadie sorprende que un intelectual especule sobre tales especies. Pero lo que hoy parece normal no lo era en los años en que Francisco Alemán publicó tantas y tan inteligentes páginas sobre esas zonas literarias o infraliterarias.

Francisco Alemán Saínz ha sido siempre tremendamente fiel a sí mismo, a Murcia y a sus gentes, a su estilo y expresión vitales que hoy aparecen iluminados con esa amable, confortable luz que da la auténtica, pura creación literaria; aquella que nunca se ha traicionado a sí misma.

Ya en 1950 pude darme cuenta de que Francisco Alemán era algo más que el *escritor local*; era, sin restricciones, *el escritor*. Lo que después ha ocurrido, dentro y fuera de nuestra literatura, ha servido para que, al llegar la hora de las renovaciones formales suscitadas por fenómenos como el de la actual narrativa hispanoamericana, se haya visto con claridad hasta qué punto Alemán Saínz acertó siempre al poner entrega y empeño en la literatura entendida como creación, magia, fantasía; y al



evitar servidumbres y desviaciones que pueden resultar efectistas en un momento dado, pero que están condenadas a un rápido envejecimiento.

La obra literaria de Francisco Alemán se ha librado de ese envejecimiento, y de ahí que su autor, aunque nos haya hablado ahora, pasada la personal frontera del medio siglo, siga resultando un autor joven, capaz de entregarse a la faena del recuerdo sin melancolías, capaz de buscar y de encontrar un tiempo perdido murciano con el amor, el talento y la gracia que todos hemos podido admirar en la lectura de su discurso académico.

El mío de respuesta debe concluir ya, con la expresión del gozo que para esta Academia Alfonso X el Sabio supone el que, hoy, se incorpore a sus tareas el gran escritor murciano de nuestro tiempo y de cualquier tiempo que es Francisco Alemán Sainz.

